



# Jesús de Nazaret, Hijo de Dios

## LA MUERTE DE JESÚS *entrega del Padre y obediencia del Hijo*

### “ENTREGADO”

«Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único» (Jn 3,16). El motivo de la entrega es el amor. Sólo puede entregarle quien realmente le posee, Dios. El Padre entrega al Hijo para crear su Reino en el mundo, para anunciar y repartir las bienaventuranzas del Reino, para enseñar de manera práctica cómo se ha de vivir la vida. Esta voluntad amorosa del Padre empieza a actuar con la Encarnación, y ésta incluye todos los riesgos de la ‘carne’, también los del sufrimiento y el de una muerte atroz y martirial, y todos los riesgos de la historia. Jesús acepta y ratifica esta entrega del Padre mediante su autoentrega voluntaria, clarificando que, aunque le arrebaten violentamente la vida, de hecho Él la entrega voluntariamente.

### “OBEDIENTE”

Cuando predijo que su pasión y muerte eran inevitables, Jesús comprendió que todo eso se integraba dentro de su misión, lo que significaba que, de alguna extraña manera, estaba también integrado en la voluntad de Dios, de quien partía su misión.

Lo primero que significa esa palabra no es la actitud de Jesús sino la responsabilidad del Padre, que ha enviado al Hijo a realizar una misión en esas condiciones; más que resaltar el fiel cumplimiento del obediente, se destaca la firme voluntad de Aquel a quien obedece.

Metido ya en la pasión, Jesús se remite a sí mismo a la voluntad del Padre: “pero no se haga lo que yo quiero

sino lo que tú quieres de mí” (Mt 26,39). El Padre está directamente implicado, según Jesús, con una voluntad que no se echa atrás ni ante el peligro de su inminente asesinato martirial, pues se trata, por encima de todo, de cumplir la misión salvadora. Por eso la obediencia de Jesús, más que cumplimiento de unos mandatos, es fidelidad a la misión recibida. Aunque históricamente la muerte de Jesús se debe al choque con los centros de poder, teológicamente se produce por su total fidelidad al Padre y a su misión; ni el Padre cambia la voluntad salvadora, instaurando su Reino, ni el Hijo cambia su obediencia amorosa; el resultado martirial, en esta tesitura, era inevitable.



“La obediencia y fidelidad de Jesús no encuentran sus fronteras en el pecado de los hombres ni en la propia justicia de Jesús. Éste no se limita a pasar la frontera al convivir con los pecadores; llega, incluso, a padecer muerte de pecador sin serlo. Con esto se pone de manifiesto el grado supremo de su entrega en obediencia y fidelidad”

(E. H. AMBERG)